

---

TOMÁS LAGO

## Gabriela y el nardo de Las Parábolas

**D**URANTE muchos días vivimos en forma colectiva el último acto del drama de una vida: la enfermedad irremediable, la agonía y la muerte de Gabriela Mistral. Luego, los homenajes póstumos, las repercusiones de la noticia en el mundo civilizado, las condolencias de los Gobiernos, la conmoción pública a la llegada de sus restos mortales a Chile, el suspenso ante la ceremonia fúnebre, el lento desfilar de las gentes silenciosas durante tres noches y tres días por la Casa Central de la Universidad, donde se velaba su cuerpo, y luego esa afluencia incontenida, avasalladora de toda una ciudad a las exequias durante su conducción al cementerio.

Nunca hemos presenciado un acto de expresión colectiva más intenso y prolongado que éste. Nunca antes pudimos participar junto a nuestros conciudadanos, sin distinción de ideas ni de clases, de un sentimiento que tocase por igual a todos los sectores del país. Por esta vez no había excepciones de grupos o de ideologías, resentimientos de castas ni juicios adversos de origen preconcebido. Todos estábamos unidos por una misma emoción ante la muerte de un ser excepcional, cuya existencia nos honraba porque su sangre era nuestra sangre y su espíritu era el espíritu de la nación.

Ahora que todo ha pasado y la vida recobra su ritmo normal, como después de una desgracia de familia, todavía con la sensación que dejan las efusiones de un sentimiento solidario, podemos pensar más libremente en lo que fué la vida de Gabriela en nuestra época.

¿Cuál es la razón de su gloria tan completa? ¿Cómo se explica el fenómeno de superación nacional que hemos vivido todos en esta mujer ilustre? ¿De dónde salió la fuerza que nutrió su po-

der creador dándole perfiles tan graves y humanos? Más aún, ¿qué la levantaba ante los ojos de la gente confirniéndole una superioridad indiscutida por donde pasaba?

Se ha dicho que su obra literaria no hubiera bastado por sí sola para justificar estas cosas. Pero, ¿había mucho más que eso en la sugestión que producía su persona? El tema sobre el cual desarrolló su poesía, fundado en altos pensamientos, la maternidad, el amor sacrificado en holocausto, el canto de los niños, su adhesión fervorosa a la patria, favorecían, ciertamente, el consenso de opiniones que la acompañaba. Pero, antes aun, lo que produjo una pausa a su alrededor desde el primer momento fué el lenguaje empleado en sus versos, simplemente. He aquí el poder ilimitado del arte de las palabras.

En verdad, en los *Sonetos de la Muerte* ya resaltan sobre el hondo concepto del poema, ciertos vocablos de vieja raíz que se identifican con el origen mismo de nuestra historia espiritual. Su aparición en las letras chilenas conmovió por esto. Ella leía la Biblia en su pueblo siendo moza y de este libro de libros extrajo como un jugo generoso ciertas voces predilectas que podían encajar en la perfección del verso.

Pero, dejemos los mitos a un lado. Ella no sólo se inspiró en la Biblia; los autores que frecuentaba por entonces, eran a veces oscuros poetas de pueblo, que no encontraremos en ninguna antología. Sólo su instinto la llevaba. Era, sí, un corazón, una sensibilidad que buscaba a través de la espesa confusión de la conciencia juvenil, encontrar el material adecuado para expresarse. Las palabras tienen una vida propia y fulguran, a veces, como piedras preciosas en el

arroyo, aun en la sorda oscuridad donde se encuentran. Percibir las, tomarlas y usarlas es el oficio del poeta.

Esta etapa fundamental de su formación decidió su destino. ¿Qué adolescente no ha escrito versos de amor evocando a la muerte? ¿Qué enamorado doliente no ha enfrentado el arcano mortal para llorar sus cuitas? Ella lo hizo como todos, pero, su vida solitaria que sólo se nutría de lecturas y se relacionaba por medio de cartas personales, fué profundizando, dándole dureza, purificando los elementos de su canto hasta alcanzar las virtudes de la esencia.

Ante el caso de esta mujer chilena pienso que mil fuerzas imponderables atraviesan el ámbito de la cultura. Yo veo el fenómeno expresarse en líneas de precisión que se cruzan en infinitas direcciones como en un complicado problema de estereometría. Ahora bien, en esta umbría de rayas y cifras se encuentran los puntos de intersección más significativos de una época, y entre ellos los que tienen carácter ecuménico, esto es, que sobrepasan las fronteras nacionales y escolásticas para proyectarse sobre los valores permanentes de un idioma.

Gabriela Mistral es un fenómeno literario de esta clase. La universalidad de su aliento la dejó fuera del modernismo y sus consecuencias inmediatas. ¿Cómo superó esa maraña de influencias que le salió al paso en un momento dado? ¿Cómo logró apartarlas de su camino y avanzar por sí sola?

Por de pronto, debido a la intensidad de sus sentimientos, al fuero ardiente que la consumía. En la Biblia leía de preferencia el Antiguo Testamento, donde está la historia del pueblo judío. Una vez escribió esta acotación marginal en las páginas que preceden al Génesis:

“Libro mío, libro en cualquier tiempo y en cualquier hora, bueno para mi corazón, fuerte, poderoso”.

“Mis mejores compañeros no han sido gentes de mi tiempo, han sido los que tú me diste: David, Ruth, Job, Raquel y María”.

“¿Cuántas veces me habéis confortado? Tantas como estuve con la cara en la tierra. ¿Cuándo acudí a ti en vano, libro de los hombres, único libro de los hombres?”

“Siempre eres fresco, recién conocido como la hierba de Julio y tu sinceridad es la única en que no hallo cualquier día pliego, mancha disimulada de mentiras. Tu desnudez asusta a los hipócritas y tu pureza es odiosa a los libertinos; yo te amo todo, desde el nardo de La Parábola hasta el adjetivo crudo de Los Números”.

Y es que vivió como nadie la irradiación trascendente de los libros. En todas las épocas el efluvio embriagador de la letra escrita ha producido esa metamorfosis devorante, cuando un ser sediento hasta más allá de la razón, de comunicarse con las ideas, llega a beber a esa fuente. Como si hubiese bebido ese filtro, por un instante Gabriela pareció una mujer salida del Antiguo Testamento.

Pero ella admiraba “desde el nardo de Las Parábolas”, esto es, el tropo fragante de significaciones, la imagen pura, “hasta el adjetivo crudo”, terrestre y humano, de “Los Números”, porque en principio era una lectora en busca de la poesía. Persiguiendo ese venero escondido, junto a la mejor literatura francesa había leído con juvenil deleite a Eduardo Marquina y Vargas Vila. Por un lado el idioma castellano la llevaba al vocablo mordente, enteco y desnudo que había amado en la Biblia, y por el otro el lirismo barroco de su raza americana la tentaba a retorcer sus metáforas en complicadas foliaciones.

¿Qué salió de allí? Lo hemos visto: una voz grave, una melodía incisiva, un canto ensismado, ora dulce, ora amargo que podía escucharse desde muy lejos por la resonancia universal de su registro.

¿Cuántas veces una conjunción afortunada de circunstancias puede encender este proceso de vasos comunicantes! Las fronteras desaparecen, el vasto tiempo se encoge alrededor de un presente vivo y palpitante, y el Arte Poético alcanza su plenitud. Tal ocurre con los poemas escuchados en determinadas ocasiones; son ya inseparables de un paisaje, de una hora del día, de un transcurso imborrable de nuestra propia existencia. Entonces, esas obras de la mente revelan todo el milagro de su poder creador.

En la órbita de la cultura de toda una época corresponden a los puntos de in-

tersección, donde las rayas se cruzan por encima de los cuadrículos de las naciones. Nunca llegarán hasta nosotros con las misma evidencia emocionada ciertos poemas clásicos que escuchamos en la adolescencia, absortos en la resplandeciente evocación. Y es que los grandes poetas, como las grandes obras, necesitan de una atmósfera respirable y un estado de anhelo, para que su acento humano toque las paredes mismas del corazón.

A este respecto podemos decir que más de una vez Gabriela recordó el valle de Elqui en relación con descripciones de la Biblia, en una confusa imagen de luces y palabras. "Mis mejores compañeros no han sido gentes de mi tiempo, han sido los que tú me diste: David, Ruth, Job, Raquel y María". Fué donde otrora ardió su amorosa vigilia, allí estaban y seguían estando, como comprobación de que toda su vida no había sido en vano —materia fundida de un sueño los verdes sotos en los rincones de los cerros, el resplandor cenital del cielo de Chile y los pájaros del valle por donde ella entró a la poesía universal.

El hecho extraordinario de nuestra literatura es éste: la fusión de un alma chilena con el espíritu de su tiempo. Hoy lo podemos decir: los *Sonetos de la Muerte* que la dieron a conocer y son el punto de partida de su gloria, son poemas imperfectos que hoy no llevarían a ningún lado a un autor. Aparte de los graves pensamientos que sostienen férreamente su estructura interna, los medios expresivos muestran las influencias más inconsistentes de la época.

Pero, la *impasse*, el estado de alerta que se produjo en torno suyo aquel 22 de diciembre de 1914, cuando esos versos fueron premiados con la flor de oro en los Juegos Florales del Teatro Municipal, formaron el aura, la sustancia flúida que más tarde llegaría a hacer indestructible el rededor de su figura; de tal modo el poeta necesita ser escuchado.

Sin este momento estelar, sin la resonancia que obtuvieron esos versos suyos en el ámbito de Santiago —preparada la sociedad chilena por las corrientes ideológicas del mundo moderno— nos preguntamos hoy día si hubiera sido el mismo su destino.

La soledad de esta vida de mujer apasionada y luego el eco espacial que adquirirían sus palabras escritas, hicieron crecer como una planta salvaje dentro de una cripta, su genio literario.

Ella tenía un perfil psicológico inconfundible, es cierto, un carácter tímido y recogido sobre sí misma, ese rictus de amargura en la boca, como un nudo apretando su vida frustrada a las fuentes mismas del amor, la vigilia de su voz interior en monólogo incesante que no acabó sino con la muerte.

Y así creció extendiéndose en formaciones orgánicas de duras hojas y dulces o amargos frutos, como una planta de la cordillera de Chile, su obra.

Había leído la Biblia, experimentó todas las influencias de la literatura de su tiempo, de su país, de su región. Tuvo una vida estéril como mujer al margen de la maternidad. Era pobre y tenía los gustos y las virtudes de la gente antigua de los pueblos. Le gustaban las expresiones un poco arcaicas del lenguaje popular, y amaba las costumbres de la gente sencilla. Muerta ya, llegó a Chile vestida con el mejor traje que usó en su vida, cuando fué a recibir el Premio Nobel de manos del rey de Suecia; pero dispuso que la enterrasen con la mortaja de San Francisco, en la villa de Monte Grande.

Eso es todo. Ahora, cuando su gloria está en el trance de traspasar las murellas de lo permanente, más allá de la vida de una persona, *sic transit gloria mundi*, podemos decir que su vida entera fué el cultivo de una vocación a la que dedicó todos los latidos de su ser. Trabajadora de las letras, artífice del verso, dulce abeja del panal silvestre de nuestra poesía.

Así la veo.

Lo demás le era debido. La estructura espiritual de un pueblo necesita para sostenerse, de sus mitos, sus héroes, sus santos y sus símbolos. En el ciclo vital de una época los pueblos aparecen sin estabilidad mientras no poseen su propia tradición cultural, sus libros fundamentales, sus propios himnos. Antes de esto son como familias nómades viviendo de la leyenda ajena, sin un hogar propio, carentes de símbolos y enseñas.

Gabriela le ha dado algo de eso a Chile con su obra literaria. Al morir em-

pieza a ser nuestro pasado, nos deja sus cantos que se incorporan a la herencia tutelar de las futuras generaciones. Por eso hoy se yergue en la peña que antaño ocupaban los profetas y los santos.

Y es que la poesía es también una religión, pues sólo los corazones con mucha fe en las revelaciones de la vida, en el estado paroxístico del amor creador

—sacrificados y ciegos para lo que los rodea— pueden florecer y fructificar en ella.

En loor suyo podemos decir que, en comunicación ensimismada con el espíritu universal cantó como nadie, en el viejo idioma de Cervantes que usaban los chilenos, la canción de las madres del mundo.